

El impacto de los gobiernos del MAS en la construcción del Estado Boliviano

Manuel Suárez Ávila

El impacto de los gobiernos del MAS y la construcción del Estado Boliviano

La estrategia de poder de los gobiernos del Movimiento al Socialismo tiene un objetivo básico: sabotear la construcción del Estado boliviano para consolidar al poder subjetivo del caudillo carismático. Veamos.

El Estado

Trabajaré con la idea de Estado moderno. Para ello, con Weber, defino el Estado como el monopolio del uso de la violencia legítima, monopolio continuo que se ejerce —en cuanto tipo de dominación— mediante el mando efectivo de la ley.

De este modo, el concepto de Estado con el que trabajaré se refiere a un tipo específico de orden social. Es decir, se refiere a un tipo determinado de dominación en la historia; ese tipo en el cual, la violencia que los gobernados dan por válida, es una violencia que ha resultado monopolizada en las manos de la ley. Un Estado de este modo ejerce la dominación legal y monopólica.

Esta particularidad —el monopolio de la violencia traducido en mando de la ley— distingue tajantemente al Estado, o por lo menos al Estado moderno, de cualquier otro tipo de orden en la historia de la especie.

Le distingue, por ejemplo, de la tribu, de la familia, de la iglesia o del imperio; sociedades o tipos de orden, donde la violencia legítima no ha llegado a ser monopolizada ni expresada en ley objetiva, sino que se encuentra dispersa o dispuesta en diversas manos particulares y subjetivas. Es el Estado en el que el mando es único. En cualquier otro orden, el mando es difuso y plural.

Con el concepto de “monopolio de la fuerza” ya tenemos —entonces— un primer parámetro a la hora de verificar si una sociedad es, o

no es, un Estado en sentido sociológico. La pregunta que tenemos que hacernos es la siguiente: ¿en esta sociedad se ha producido el monopolio de la fuerza?

Si la respuesta es afirmativa, estamos —muy probablemente— ante el Estado. Si la respuesta, por el contrario, es negativa, entonces estamos, con mucha probabilidad, ante otro tipo de orden: uno distinto al Estado.

Pero, además de preguntarnos por el monopolio de la violencia —como aquel componente esencial del Estado— hay un segundo parámetro metodológico en el que debemos detenernos con cuidado a la hora de verificar si estamos ante la presencia del Estado. Este parámetro es el cómo de esa dominación.

En efecto, una vez establecido que estamos ante una sociedad donde se ha producido el monopolio de la fuerza, debemos preguntarnos cómo se ejerce esa fuerza monopolizada. Es decir ¿qué tipo de dominación genera ese monopolio de la fuerza?

Ese monopolio ¿se ejerce mediante la ley objetiva? ¿O, por el contrario, se ejerce mediante las decisiones subjetivas de quien ha logrado producir el monopolio?

Si la respuesta es que ese monopolio —en cuanto tipo específico de dominación—, se ejerce y se materializa mediante el mandato de la ley objetiva, entonces estamos ante un orden estatal. Estamos ante el Estado.

Sin embargo, si ese monopolio se ejerce y se materializa desde las decisiones del caudillo, del jefe, del brujo, del sacerdote, del patriarca, del sindicato, del partido, del oligarca, de la casta, o de cualquier otro poder subjetivo, entonces —muy probablemente—, no estamos ante la presencia del Estado; sino que estamos ante un orden de legitimidad privada.

Estamos pues ante un orden donde lo privado se confunde con lo público. Es decir, un orden basado en el peso del sujeto particular que toma la decisión y no ante un orden basado en el peso de la ley objetiva y estatal.

El mando de la ley objetiva es lo que se llama **la dominación legal** en Weber, o lo que es igual, **la dominación racional con arreglo a fines o a valores**. Éste es el tipo de dominación propio y exclusivo del Estado moderno en su desarrollo contemporáneo.

En la sociología política este concepto de Estado que estoy describiendo y sobre el cual pretendo trabajar, es un concepto estándar en torno al Estado. Es el concepto del Estado como producto de relaciones de fuerzas.

En ese sentido, estamos ante una idea que se aparta de la tradición formal empeñada en llamar Estado a cualquier tipo de orden que así se califique a sí mismo en un texto constitucional o en un escenario del derecho internacional.

Es decir, para la sociología política no es Estado quien de ese modo se autocalifica en una constitución o en el ámbito de las relaciones internacionales. Ni tampoco es Estado la operación o el deseo ideológico del estatismo, del nacionalismo o del socialismo. Es Estado, simplemente, el orden que puede mandar como tal.

En otras palabras, Estado es un tipo de relación social que responde a un tipo específico de relaciones de fuerzas. Por eso, para esta perspectiva, la existencia del Estado no depende de ideologías ni de sujetos particulares; depende, simplemente, de que ese orden tenga la fuerza suficiente para sostener con éxito el monopolio de la fuerza y para articularlo enseguida como mando de la ley. Nada más. Y nada menos.

El Estado y el monopolio de la fuerza

¿Qué significa el monopolio de la fuerza del cual hemos hablado como una de las condiciones para la construcción del Estado?

Significa que, en las relaciones de fuerzas —o lo que se llama como tal en el campo de lo político— ningún acto interno o externo, tiene la potencia suficiente para desafiar, enfrentar y vencer a la fuerza estatal vigente y representada en la ley.

Si de pronto surgiera una fuerza paraestatal, por ejemplo, una mafia, una persona, un sindicato, un partido, una clase social organizada, una

ideología, una iglesia, un ejército, una religión, una casta, una región o un gobierno, entre otros ejemplos de fuerzas paraestatales, con la potencia suficiente para desconocer la ley estatal vigente, entonces estaríamos ante una circunstancia de ausencia de Estado.

De ese monopolio incontestable de la fuerza estatal, viene la idea de autodeterminación. La autodeterminación es el resultado victorioso que aparece tras esa guerra o tras esa revolución que ha permitido el nacimiento del monopolio de estatal.

Por eso, no basta con declarar la autodeterminación: en realidad, es necesario sostenerla. De ahí que, muy probablemente, el realismo político y no la idealización o la fantasía sobre la política, sea la perspectiva básica para entender lo estatal.

Ahora bien; la victoria estatal —o el monopolio de la fuerza legítima expresado en ley— genera dos procesos en el eje mando/obediencia. A saber cuáles:

- Por un lado, **genera consenso**. Es decir, genera un sistema de creencias favorable al orden estatal. Se trata de la creación de una cultura de lo estatal. Lo que algunos llaman *hegemonía cultural*.
- Por otro lado, **genera un aparato legal y burocrático con capacidad de ejercer coerción suficiente y efectiva para normar la vida pública y privada en su totalidad**.

Es decir, **en el eje mando/obediencia el Estado genera creencias** (y así convence) y **genera coerción** (y así vence).

En suma: el Estado, en cuanto monopolio, es esa sociedad donde la lucha final concluyó y —como consecuencia de esa lucha— el ganador es capaz de autodeterminarse y de legislar sin ser cuestionado. Es ese orden donde hay victoria clara y definitiva. Por tanto, es ese orden donde no existe ninguna fuerza compitiendo contra la fuerza victoriosa.

El Estado y la dominación legal

¿Qué significa la dominación legal que emana del monopolio de la fuerza?

Significa la vigencia y legitimidad de una ley objetiva y neutral. Una ley que está más allá de las tradiciones, más allá de los afectos, más allá

de la ética y más allá de cualquier sujeto o fuerza particularista. Por lo tanto, significa una ley que está por encima de todo y de todos.

Ese tipo de ley establece el principio de igualdad ligado al Estado.

Una igualdad que —más que tributaria a la tradición occidental de la igualdad—, más bien resulta tributaria al puro realismo político: es igualdad como homogenización y estandarización de los gobernados. Es universalización de la obediencia. Ésa es, en los hechos, la base de la igualdad entre los ciudadanos modernos. Una igualdad que viene como resultado de la relación de fuerzas.

Con ese panorama, está claro que en el Estado queda muy poco espacio para la decisión política personal o subjetiva del gobernante.

En realidad, en el Estado toda decisión política importante ya está tomada. Porque, sencillamente, ya está tomada o prevista por la ley. Por eso el Estado es un universo previsible.

Distinguiendo entre el Estado y otro tipo de orden político

¿Es posible llamar Estado a otro tipo de orden político? Mucha literatura lo hace.

Pero si preguntamos a la sociología política por aquello que distingue al Estado moderno de cualquier otro orden político en la historia, entonces, normalmente, encontraremos una respuesta muy sólida y es la siguiente: el hecho que distingue entre uno y otro tipo de orden es el tipo de violencia desplegada. Son los medios —la violencia, su proporción y sus formas— y no los fines (morales o materiales) aquellos que define el orden y, en consecuencia, aquello que define el Estado.

En cuanto a sus medios, lo típico del Estado es el uso ilimitado de violencia y la transformación de esa violencia ilimitada en ley.

Por ejemplo, el totalitarismo es una invención exclusiva del orden estatal o, lo que es igual, un invento exclusivo del orden político moderno. Pero no olvidemos nunca que, a la vez que violencia ilimitada, el totalitarismo es siempre ley. Es un proceso de acumulación y despliegue de violencia legalizada que no resulta posible en otro orden social, ni en otro sistema de dominación que no sea el estatal y el moderno.

Así, el totalitarismo es un ejemplo de que el Estado está concebido en la historia para ser la ley sin límites. He ahí el sentido de la tesis sobre la banalidad del mal: la clave no son los sujetos: **es la ley**.

Y es que, cualquier otro tipo de orden que registre la historia, ha tenido —siempre— un esquema de dominación sometido a distintos límites.

La idea de un dios que está por encima del poder humano, pero en particular la autoridad moral de la vieja Iglesia Católica y del Papa, fueron límites históricos muy fuertes para lo político en la premodernidad. Incluso, lo fueron durante los largos orígenes del Estado moderno ligados al absolutismo monárquico y, en consecuencia, ligados a la España imperial, escenario histórico de donde —precisamente— viene Bolivia. El límite religioso al poder político se refiere en gran parte a la diferencia entre autoridad moral y poder fáctico.

También, la idea y la fuerza de la nobleza fue otro límite clásico y tradicional al poder político en la historia. De igual forma, fue un límite al poder político, la idea y la creencia premoderna de que los seres humanos tenemos conocimiento limitado sobre las leyes de la naturaleza; es decir: la idea y la creencia de que los seres humanos no lo podemos todo. El Estado y el imperio de la razón —rebeldes históricos por definición— rompen esas creencias y esas tradiciones que imponen límites al poder humano. Porque frente a todos esos límites, el Estado y la cultura que le acompaña tienden a ser todo lo contrario. Tienden a ser poder sin límites y por eso, tienden a sustituir a dios y a funcionar desde la lógica de un dios civil y terrenal.

El Estado es conceptualmente ilimitado. Puede legislar sobre todo y sobre todos. Puede crear la vida y quitarla de modo sistemático y al mismo tiempo: sin más justificación que su capacidad de hacerlo. Es pues, históricamente, el orden y el poder con capacidad de sustituir al dios cristiano en la tierra.

Por eso la ciencia política puede encontrar un reto serio a la hora de definir el Estado: ¿definimos el Estado simplemente como un orden político? ¿O lo definimos, más bien, como un orden social en su totalidad? ¿El Estado es el sistema político o es la sociedad? El tema es que, en la realidad y en la historia, el Estado tiende, “por naturaleza”, a subsumir

la comunidad y la cultura en su conjunto y así, en el Estado, el orden estrictamente político tiende a volverse la sociedad en sí misma.

Bolivia no es Estado

Una vez descrito el concepto sociológico de Estado, tenemos otro reto conceptual. Esta vez, lo tenemos desde la realidad que nos marca Bolivia.

Está claro que —en base a ese concepto sociológico de Estado— se puede decir que Bolivia no es Estado. Que no encaja en el concepto. O lo que es igual: se puede decir que Bolivia no es Estado en la perspectiva de la sociología política.

En otras palabras, el tipo de relación social que caracteriza a la sociedad boliviana, en general, no responde a la racionalidad de aquel orden social que la sociología política reconoce como el orden estatal.

El tipo de la relación social que caracteriza a la sociedad y a la cultura boliviana, en general, responde a un orden distante y diferente al estatal. A esta visión de una Bolivia sin Estado, le llamo *la tesis del Estado ausente*.

En realidad, el gran empeño político de América Latina —desde el origen de las repúblicas hasta nuestros días— ha sido la construcción del Estado: el Estado en su forma histórica de Estado nación.

Sin embargo, desde aquel entonces hasta hoy, la verdad es que muy pocos países latinoamericanos han logrado llevar sus sociedades por los caminos de la estatalidad. No es el caso de Bolivia.

Bolivia, efectivamente y desde el punto de vista sociológico, no ha conseguido constituirse en ese orden específico que conocemos en la historia occidental como el Estado. Se ha constituido pues, en un orden distinto y muchas veces opuesto, al orden estatal.

Por supuesto, esta idea que planteo no conlleva intencionalidad ética ni política. La idea, simplemente, plantea una constatación conceptual y técnica sobre la realidad de las relaciones de poder en Bolivia.

Sin embargo, quiero hacer énfasis en que aquella idea de construir el Estado —una idea con algo de vocación hegeliana y ligada a la creencia o la intuición de que las sociedades se desarrollan en su plenitud

histórica, material y espiritual, cuando se constituyen en Estado—, ha sido y es, con pocas excepciones, la idea rectora para la mayor parte del pensamiento político y de la acción política boliviana.

Los políticos bolivianos, normalmente, han estado en eso: en buscar el Estado. Las elites bolivianas, de cualquier signo u origen, normalmente suponen que llegando al Estado se abrirán de par en par las puertas de la modernidad y de la prosperidad.

De hecho, esa meta —la búsqueda incansable de lo estatal— se instaló por igual en las posiciones más antagonistas de la política boliviana.

Por ejemplo, se instaló con potencia y comodidad en el pensamiento y la acción de la llamada “izquierda” y se instaló con la misma fuerza e intensidad en el pensamiento y la acción política de la llamada “derecha”.

La búsqueda del Estado se convirtió en consenso horizontal: horizontal en el plano ideológico, en el plano de la reflexión, en el plano del discurso, en el plano de la estética y desde luego, en el plano de la práctica política. Más allá de los colores políticos y de las diferencias ideológicas, no hay en el campo político boliviano un proyecto serio, si no viene encabezado por una propuesta sobre la construcción del Estado.

Pero esa búsqueda del Estado, también fue consenso en el tiempo y en la historia.

Fue una búsqueda que se instaló a lo largo del siglo XIX boliviano. Lo hizo, desde el ánimo fundacional del independentismo, lo hizo luego con el ímpetu modernizador de Andrés de Santa Cruz, lo hizo más tarde en el escenario de la Guerra Federal y su propuesta de construir el Estado federal y lo hizo, también, en la resaca de la Guerra del Pacífico, cuando la lectura de la derrota impulsó el propósito de construir un Estado con capacidad de defenderse.

Posteriormente, ese consenso se instaló con más potencia —aun— en el siglo XX, que es el siglo del nacionalismo boliviano. Porque el nacionalismo, se convierte en una propuesta ideológica íntimamente asociada con la cultura política del estatismo boliviano.

La Guerra del Chaco fue un punto de inflexión y fue el escenario histórico y sociológico para la aparición del futuro nacionalismo.

Excombatientes de la guerra llevaron el nacionalismo a su culmine con la Revolución del 52. La Revolución, muy probablemente, marcó el siglo como el intento más serio de construcción estatal y de desarrollo de la cultura política del estatismo en Bolivia.

La guerra del Chaco, en ese plano implicó tres cuestiones básicas para la historia boliviana:

- Esa Guerra instaló la lógica *amigo/enemigo* en la cultura política boliviana. Ésa es la lógica moderna de lo político, por definición. Es la lógica que explica el tipo de lucha que conduce a la estatalidad. En efecto, el Estado, en general, nace en la guerra contra su negación: contra su enemigo. Normalmente, contra el enemigo externo.
- La Guerra del Chaco, a la vez fue un acontecimiento generacional y sociológico que creó la cultura de lo público. En efecto, la guerra reunió toda una generación con una motivación común y muy poderosa: la defensa de lo colectivo o de lo público. Una novedad en esa Bolivia donde lo privado (y no lo público) era lo normal.
- Finalmente, la Guerra del Chaco fue la entrada en vigor de la potente ideología nacionalista. Y fue, también, la aparición de tendencias ligadas con la ideología socialista y comunista. Con el nacionalismo, la lucha política dejó de ser la batalla por la “patria” —el hogar patriarcal— y pasó a ser la batalla por la Nación: es decir, pasó a ser la batalla por el proyecto político de la soberanía nacional. A partir de entonces, siempre habrá, en la política boliviana, una relación tensa de *amor/odio* entre nacionalismo y socialismo. Relación tensa que, a partir del 52, se resolverá en favor del nacionalismo y que terminará tragándose con voracidad a su primo del siglo: el socialismo.

Por último, el siglo XXI aparece como una resurrección del nacionalismo boliviano y, consecuentemente, de la cultura política del estatismo. En ese escenario, los gobiernos del MAS impulsan una nueva constitución y lanzan el llamado “Estado plurinacional”.

Ahora bien, a pesar de tanto empeño por hacer el Estado, es posible decir, hoy mismo, que la sociedad boliviana no ha logrado —jamás— articularse en la forma estatal.

Pero si Bolivia no es Estado, entonces ¿qué tipo de orden político es? Sencillo: es una sociedad sin Estado, pero articulada en torno a un caudillo y su gobierno.

Los gobiernos del MAS y la estrategia para impedir lo estatal

Expuesta la idea de Estado con la que trabajo, voy a explicar la hipótesis que sostengo sobre la estrategia de los gobiernos del MAS en relación con la cuestión estatal. **Impedir lo estatal** ha sido el eje la estrategia de los gobiernos del MAS. Esa estrategia de poder desplegada por estos gobiernos, durante casi dos décadas, tiene por propósito político esencial convertir al caudillo en una fuerza con la potencia suficiente para impedir cualquier posibilidad de construcción estatal. La lógica es ésta: *el caudillo compite con la posibilidad estatal y el caudillo gana.*

Se trata de una estrategia orientada a consolidar la tradicional ausencia de Estado en Bolivia y a tomar provecho de este vacío de Estado, para llenarlo con los resortes de las fuerzas particulares ligadas a los gobiernos del MAS. Para llenar ese vacío de Estado con el poder del caudillo, para llenarlo con el poder del círculo íntimo del caudillo, con el poder del partido, con el poder de los movimientos sindicales aliados al caudillo y para llenarlo con el poder de distintas fuerzas privadas que han ido acompañando a los gobiernos del MAS y a su esquema caudillista.

El mecanismo es el siguiente: el caudillo del MAS no sólo impide lo estatal, sino que, de modo paralelo, desarrolla la estrategia de imitar al Estado ausente. Lo imita en la tendencia hacia la monopolización de las fuerzas. Pero, al mismo tiempo, el caudillo, en el ejercicio de su poder monopólico, evita el otro gran elemento de lo estatal: el imperio de la ley. Con lo cual, tenemos un poder caudillista y monopólico sin límite legal alguno: **el escenario perfecto para el régimen autoritario.**

A fin de convertir al caudillo en el sustituto del Estado ausente, esta estrategia de los gobiernos del MAS reimpulsó —de modo intenso y sistemático— la vieja cultura boliviana del estatismo.

Una cultura política que, en nuestro país, compatibilizó la narrativa moderna y estatista sobre objetividad estatal (por ejemplo, la narrativa sobre la igualdad y la inclusión social) con la práctica premoderna y subjetivista de un poder carismático y caudillista.

La cultura política del estatismo se asienta en la tradición nacional popular boliviana; una forma de nacionalismo con tono populista.

Esta cultura, en general, siempre vino orientada a reconocer en el caudillo como el depositario legítimo de un poder que, en la historia de la especie, sólo puede acumular el Estado moderno: el poder monopólico y absoluto.

De este modo, la cultura del estatismo boliviano, crea el consenso que permite al caudillo nacionalista consagrarse como una suerte de representante (por imitación) del Estado ausente.

Tres son los elementos de la estrategia del MAS, para que el caudillo sustituya e imite al Estado ausente: el **caudillo carismático**, el **nacionalismo como religión política** y la **cultura política del estatismo**.

El caudillo carismático

El caudillo del MAS, tomando ventaja de la ausencia de Estado en Bolivia, imita al Estado. Aprovecha el vacío y toma el lugar. Esa es la lógica de la legitimidad en el caudillo masista.

Con Evo Morales estamos ante un tipo de Caudillismo en una variante latinoamericana típica: el **nacionalismo populista**. Una suerte de izquierda nacionalista articulada, siempre, en torno al líder.

El liderazgo caudillista de Morales contiene tres tradiciones históricas, las que explicaré a continuación:

1. **La tradición sindical nacionalista.** Es la tradición que mejor rescata los valores y las pulsiones de la tradición Nacional Popular y que hoy está representada por la tradición sindical cocalera del Chapare y por el liderazgo de tipo carismático del ex presidente Morales.
2. **La tradición socialista o neomarxista.** Representada en los círculos del líder por una activa comunidad de intelectuales¹ de izquierdas que rodearon a Morales.

¹ Y gran parte de seudointelectuales, porque muchos de los reconocidos intelectuales de izquierda (Raúl Prada y Ricardo Calla, por citar dos destacados pensadores) que apoyaron decididamente en sus inicios el proyecto (supuestamente) progresista y reivindicador del MAS-IPSP, fueron

3. **La tradición indigenista.** Representada en los círculos del líder en varias ramas, donde la visión mística y telúrica de lo político, tiende a ser lo más importante.

Entendido lo anterior, puede decirse que el MAS de Evo Morales, especialmente el MAS que fue hegemónico entre 2006 y 2014, fue un proyecto que logró nuclear —en lo orgánico y en lo ideológico— a las fuerzas nacionalistas y sindicalistas bolivianas, a las fuerzas de la izquierda neomarxista y de vocación socialista y a las fuerzas de la tradición indigenista.²

En este punto hay que aclarar que las fuerzas de tradición socialdemócrata en Bolivia, no terminaron de encajar en esta amplia colación que se reunía en torno a Evo Morales y su proyecto.³ El llamado Movimiento Sin Miedo del ex alcalde paceño Juan del Granado, un movimiento de orientación socialdemócrata, acompañó la gran coalición de Morales durante un periodo, aunque esa alianza acabó por diluirse.

También hay que apuntar que, en los últimos meses, ha surgido una cuarta tendencia al interior del MAS. Es la tendencia liderada por el propio presidente Luis Arce. Una tendencia, cuyo objetivo político más

—más o menos silenciosamente— distanciándose del masismo, sobre todo después de la Asamblea Constituyente. [Nota del Editor]

- 2 Le comenté al autor mi discrepancia con identificar como *indigenismo* —entendido como tal el imaginario de reivindicación social del MAS-IPSP— y *despatriarcalización* muchas políticas y medidas del período posterior a 2005: Respecto de lo primero —*indigenismo*— tengo un comentario, que he defendido hace mucho tiempo: el *indigenismo* del MAS (sobre todo con García Linera pero también con Choquehuanca, aunque éste menos pensante y más “folclórico”) ha sido, en *strictu sensu*, el mismo indianismo de Fausto Reynaga y continuadores, con toda su carga de racismo, anti-Nación/Estado y antiprogreso —entendido éste contra los mismos indígenas que los indianistas “reivindican”—, aunque para el MAS se “vistiera” de *indigenismo* (quizás para mejor soporte de organismos internacionales); no voy a achacar a Morales la distinción original entre *indigenismo* e *indianismo* debido a su casi nula formación pero sí es muy real que en 2022-2023 le sirvió para abanderar el proyecto fracasado de RUNASUR. En lo de *despatriarcalización*, basta reconocer el estado actual de la violencia contra la mujer y la no atribución para ellas de su real estatus en la sociedad; pero habría mucho más de lo que decir. [Nota del Editor].
- 3 Contradictoriamente, sectores del nacionalismo tradicional de derecha —podemos llamarlo “autoritario”— agrupados en ADN (del difunto dictador devenido en demócrata, Bánzer Suárez) sí se sumaron (diré “clientelaramente”) al Proyecto de Gobierno del MAS-IPSP, aunque no siempre con éxito más allá de coyuntural para ellos. [Nota del Editor].

visible es impulsar la reelección del presidente Arce y cuyo contenido ideológico y propuesta de país aún no están aclarados del todo.⁴

Sin embargo, quizá valga la pena apuntar que, justo en los momentos en los que redacto este texto, parece evidente que esta tendencia ligada al presidente Arce ha logrado impedir —mediante una estrategia política y judicial articulada desde el gobierno— una futura candidatura presidencial del ex presidente Evo Morales.

Ante ese escenario —y bajo la sombra de una creciente crisis económica y de un fuerte malestar social que vive el país— también es importante apuntar que, hoy por hoy, se plantean dudas y se reflexiona desde distintas visiones en todo el país sobre la viabilidad del propio MAS como proyecto partidario y de poder con vigencia aún.

En cualquier caso, más allá de las tendencias internas del MAS, lo cierto es que el liderazgo caudillista del MAS genera un orden social en el cual el líder y la comunidad se necesitan mutuamente y de modo estructural.

Un esquema donde el caudillo es esencial a la comunidad pues monopoliza y articula dos escenarios: la **viabilidad del orden social** (la economía, la sociedad y la cultura no existen sin él) y la **viabilidad del sistema político** (la gobernabilidad tampoco existe sin él).

Sobre este punto y con fines puramente didácticos, voy a llevar a cabo el siguiente ejercicio: voy a comparar el modelo de las monarquías absolutas europeas del siglo XVI y XVII con el modelo de liderazgo que ha ejercido el caudillo propuesto por la estrategia del MAS.

Luis XIV de Francia es quizá, uno de los ejemplos más reconocido entre los monarcas absolutistas, pero recordemos que el absolutismo es un modelo político con el cual se puede caracterizar a muchos monarcas cuyo propósito histórico, fue la unificación de sus reinos ante la dispersión feudal y cuyo método de mando era la concentración del poder en manos del monarca.

4 Con perdón del autor, sólo creo que es por la mantención (prebendalista y clientelar) de intereses y no tendrá trascendencia como proyecto político, como no lo ha tenido hasta ahora más allá de la antinomia MAS-Evo *versus* MAS-Arce. De proyecto país, cualquiera que sea realmente recuperador del país —incluyo nacionalidad y Estado no caudillista— para el MAS significaría el propio suicidio. [Nota del Editor].

- **Ambos eran liderazgos carismáticos.**
- **Ambos eran liderazgos monopolizadores.** El europeo contra los restos feudales y el boliviano contra cualquier rival interno que cuestionara su poder.
- **Ambos eran liderazgos de legitimidad religiosa.** Los monarcas absolutos europeos eran reyes por derecho divino y eran representantes de Dios en la tierra. El caudillo del MAS ha funcionado sobre la base de la narrativa de la religión política propia del nacionalismo étnico.
- **Ambos tienen escasos límites de poder.** Los límites del monarca absoluto son dos: Dios y la nobleza. Los límites del máximo líder masista son “lo nacional étnico” y los llamados movimientos sociales.
- **Ambos liderazgos se orientan a fundar aquella forma moderna del poder que se llama “la soberanía”.** En ambos casos se trata de soberanías personalizadas y subjetivadas. Es decir, soberanías para defender el poder del rey o del caudillo, más que para definir el poder del colectivo.

La comparación entre los monarcas absolutos y el caudillo del MAS no es gratuita. Es una comparación que nos lleva a una pregunta de fondo:

¿Por qué las monarquías absolutas orientadas a monopolizar las fuerzas, condujeron al Estado moderno en Europa y, por el contrario, en Bolivia el liderazgo monopolizador del caudillismo populista condujo al sabotaje de la posibilidad estatal?

En otras palabras: *¿por qué la Bolivia del MAS ha terminado en el pelotón de países donde a más caudillismo menos Estado?*

Tres posibles razones históricas a la hora de responder esa pregunta que es amplia, pero es de fondo:

1. **La primera razón es el tema de la violencia política: siglos de guerras y revoluciones europeas de aniquilación.** La violencia política europea es mucho más fuerte que la boliviana. La transición entre las monarquías absolutistas y el gobierno de la ley que con los siglos permitió el Estado en Europa, tuvo que atravesar, efectivamente, siglos de guerras que fueron templando lo estatal a

sangre y fuego y siglos de revoluciones que fueron modernizando la sociedad. Es decir, la preparación del Estado en Europa implicó siglos de violencia extrema. Bolivia no ha conocido esos extremos de violencia que suelen ser típicos del proceso de monopolización del poder y, por eso, típicos del proceso de construcción del orden estatal.

2. **La segunda razón es el tema cultural: la cultura burguesa europea.** En Europa se generó una burguesía y, sobre todo, una cultura burguesa, mientras que en Bolivia, no. Las monarquías absolutas, para ir del simple monopolio de la fuerza al complejo gobierno de la ley (por ejemplo, al Estado contemporáneo donde impera el Estado de derecho), atravesaron el filtro de la cultura aburguesada que en Europa fue la Ilustración y su legado. Una cultura que Bolivia está empezando a conocer, justamente, en la aparición y éxito de la clase media cruceña, que, por cierto, es la única clase social de tipo aburguesada que ha generado Bolivia sobre la base de la propiedad privada y la sociedad abierta y comercial.
3. **La tercera razón es el tema económico: la industrialización europea.** En Europa se desarrolló la economía industrial que permitió “el gran enriquecimiento”, el proceso del capitalismo acumulativo exitoso mediante el cual, por primera vez, la humanidad multiplicaba la riqueza. Un proceso débil e incipiente en Bolivia. Esa economía industrial europea, por supuesto, fue clave para generar el proceso de acumulación de riqueza que luego clamaría por Estado y seguridad.

En suma, la construcción del Estado europeo hizo, normalmente, el siguiente circuito político e histórico de tres pasos: el primer paso es **la monarquía absoluta**, el segundo paso es **la nación** y el tercero es **el Estado como ley objetiva**.

Se trata de un circuito que comienza con el esquema del monarca absoluto, cuya misión, recordemos, es monopolizar las fuerzas en su territorio y su población. Esta operación de monopolio del poder en manos del rey permite la aparición en la historia de esa idea que se llama **la soberanía** que es, en realidad, una forma de poder moderno o poder concentrado. Posteriormente —y en remplazo del monarca—

viene la nación. La nación hereda aquella estructura de poder monopolizada que ha dejado el monarca y hereda la famosa forma de poder llamada la soberanía. Así, la misión esencial de la nación es sustituir al monarca en el ejercicio de la soberanía. Se trata de la operación política mediante la cual el monopolio del poder pasa de manos del rey a manos del pueblo. De este modo, tenemos un orden donde la ley la hace el pueblo. Sin duda, ello genera una ley de carácter mucho más objetivo —y mucho menos personalista— que la ley que impulsaba el viejo y derrocado monarca absoluto.

Vale decir, entre el monarca absoluto y la nación se produce un paso muy importante que se orienta hacia lo estatal. Es el paso que va desde la ley como decisión legislativa y soberana de “uno solo”, hacia la ley como decisión legislativa y soberana de “todos”.

Como es obvio, este paso que va desde el poder del rey hasta el poder de la nación implica que la idea de nación es equivalente a la idea de revolución nacional. Y, por tanto, muy frecuentemente, a la idea de revolución nacionalista.

Con lo cual puede decirse que la nación requiere dos cosas a la vez: por un lado, requiere algún rasgo cultural que otorgue identidad común al colectivo pero, al mismo tiempo, requiere un proyecto de poder fuerte y, consecuentemente, requiere revolución y violencia. O sea, en la realidad la nación es cultural, pero sobre todo es política.

Sin embargo, el circuito histórico de construcción del Estado no acaba allí, en la nación. En efecto, el circuito continúa hacia la objetivación final del mando que es la autonomía de la ley respecto de la propia nación.

Al fin y al cabo, la tal nación representa un nivel de objetivación muy importante, pero, a la vez, mantiene un alto contenido subjetivo y subjetivista: la nación es un sujeto colectivo cargado de tradiciones, de afectos y de intereses particulares y particularistas, en suma, de identidad.

La nación, de hecho, se justifica ideológicamente, reivindicando una identidad singular. Esta identidad puede referirse a la etnia nacional, a las etnias nacionales, a la historia y sus hechos nacionales, al idioma de

los antepasados, a la ligazón con el terruño y con lo telúrico, a la cultura ancestral y a cuantos componentes de singularidad quieran sumarse. ¿Hay algo más subjetivo que eso?

Y dicho esto, con ello es posible decir que nunca habrá Estado ni ley objetiva, si quien decide la ley es la nación: ese sujeto colectivo cuya esencia es lo subjetivo.

De modo tal que la nación es sólo un paso en la construcción del Estado. No es el punto final. Es un paso entre el monopolio del poder que funda el monarca absoluto y la objetivación final.

La objetivación, no perdamos de vista, sólo puede producirse cuando la ley ha logrado liberarse de la tal nación y de toda su carga de identidad, subjetividad y de particularismo. Es decir, la objetivación sólo puede darse cuando la ley —y no la identidad— ha logrado convertirse en el total de lo público.

Como comenté, el paso entre un momento a otro del circuito de construcción estatal, está mediado por una serie de acontecimientos históricos de gran violencia. Desplazar al monarca absoluto por la nación en la historia, está simbolizado por la Revolución francesa. Y remplazar a la nación por la ley objetiva, es un paso que los europeos alcanzan mediante la violencia mayúscula de la Segunda Guerra Mundial. Violencia tras la cual, efectivamente, desaparece la idea de nación política y aparece, finalmente, la idea del Estado objetivo, hoy vigente.

De hecho, tras la Segunda Guerra Mundial, el viejo nacionalismo político ligado a la idea de soberanía y la lógica amigo/enemigo, queda enterrado en Europa. Por eso al día de hoy, el nacionalismo vigente en Europa está limitado a la nación de las costumbres que es la nación cultural. Es decir, está limitado a la nación de la identidad cultural sin pretensión alguna de poder.

La nación francesa, por ejemplo, ya no consiste en los ejércitos de Francia —y menos la alemana en los ejércitos de Alemania—: La nación francesa, hoy por hoy, consiste, sobre todo, en rasgos culturales e identitarios. Consiste en buenos vinos, en buenas mesas, en el terruño, en las costumbres y muchas veces en el idioma. Lo mismo que la italiana.

A los fines de la vida pública, son naciones netamente culturales. Casi *naciones museos*.

Pero, como es obvio, eso no impide el Estado francés, al contrario: lo realiza y lo empodera. Lo realiza pues lo libera de la carga subjetiva de la nación. Y tras esa liberación el Estado queda en lo que definitivamente es en cuanto hecho de poder: en el monopolio de la violencia legítima que se expresa sobre la comunidad y el territorio como dominación legal. De este modo, Francia —como otros países europeos— deja de ser Estado nación para, por fin, ser Estado.

Para cerrar este capítulo, volvamos a la pregunta: ¿por qué las monarquías absolutistas, tras monopolizar el poder, se orientaron hacia el Estado pero el caudillo populista del MAS, a pesar de haber monopolizado el poder, terminó sabotando la posibilidad estatal?

La hipótesis para responder es ésta: porque en Bolivia no hubo ni hay violencia moderna, no hubo ni hay capitalismo industrial exitoso y, aunque hay cierta clase media y cierta cultura aburguesada ligada a esa clase media —por ejemplo, en Santa Cruz— aún es una clase media demasiado frágil.

La religión política del nacionalismo

El siglo XIX ofrece a Occidente dos ideologías básicas: el nacionalismo y el socialismo. Las dos son ideologías que nacen para explicar el Estado. Son ideologías estatistas. Ambas postulan un poder político ilimitado en el Estado. El socialismo postula que la clase obrera debe ejercer ese poder y el nacionalismo postula que ese poder debe ejercerlo la nación.

Ahora bien, esas dos ideologías tienen otro componente en común: las dos son un sustituto moderno de la fe cristiana.

En efecto, estas dos ideologías son el sustituto de la fe que había sido cuestionada —y hasta desplazada— por las fuerzas del racionalismo y por la realidad de la economía y de la cultura burguesa.

De ese modo, esas dos ideologías son la nueva religión. Son la nueva fe que ocupa el lugar de la vieja fe cristiana. Son la religión moderna.

Son la religión política. Son sistemas de creencias para explicar la existencia de lo humano y su trascendencia.

Veamos la relación teológica de estas dos ideologías con el Estado.

El Estado moderno encaja perfectamente con la religión política del nacionalismo y del socialismo. Me explico. El Estado vino a sustituir el poder del viejo dios cristiano que era un dios monopólico, todopoderoso y creador. Pero el Estado —a diferencia de cualquier ideología— no es la fe. Es superior a eso. El Estado es el poder objetivo. El Estado es la secularización directa del poder del dios creador.

Para más abundancia: el Estado moderno nace como teología política. Nace para arrebatar al dios la capacidad de crear la realidad y nace para que los seres humanos tengan el poder de cambiar la realidad del universo desde lo político. De cambiarla a gusto y sin límite. Nace pues, para que lo humano y no lo divino, pueda recrear o refundar el mundo.

Eso es la teología política del Estado: la sustitución de dios por el Estado. O lo que es igual, la sustitución de dios por lo humano; por lo político. Una teología del poder que encuentra en la religión política de las dos grandes ideologías mencionadas, la narrativa perfecta.

Las dos ideologías modernas, en efecto, compiten entre sí por llenar de contenido y de creencias al Estado y su mundo moderno. Las dos son las religiones de este dios terrenal que es el Estado.

Y por eso ambas ideologías —el nacionalismo y el socialismo— están consagradas a construir la nueva identidad de los seres humanos en el mundo. Una nueva identidad que tenga el potencial de sustituir a la vieja identidad de los hombres —que era la identidad de los hijos de dios— por la identidad moderna que es la identidad de los hombres en cuanto son miembros del Estado.

Por un lado, el nacionalismo —para este fin— funda la identidad que viene dada en la condición nacional de las personas. El ser humano está en el mundo en cuanto miembro de la nación. Y la nación es el sujeto de la soberanía del Estado.

Por otro lado, el socialismo funda la identidad de clase. Donde los seres humanos son lo que son, en relación con la clase a la cual pertenecen. Y donde la clase obrera es el sujeto de la soberanía del Estado y

donde el Estado socialista, precisamente, adopta la forma de la dictadura del proletariado.

Estamos ante un Estado con dos posibles sujetos y sus respectivas identidades: la nación o la clase obrera.

Pues bien, el nacionalismo boliviano conserva —perfectamente— esa tradición y ese esquema de religión política. Y en particular lo hace el nacionalismo del MAS.

En efecto, el nacionalismo boliviano funda una nueva legitimidad del poder íntimamente relacionada con el origen nacional. En el caso de la Revolución del 52, lo nacional es lo mestizo⁵ y la alianza de clases. Ése era el sujeto soberano.

En el caso del MAS lo nacional son “las naciones originarias”.⁶ Aquella visión que da forma al esquema de “lo plurinacional”. Esquema donde lo nacional desde la narrativa de “las naciones” es el sujeto soberano.

Ante cualquiera de los dos casos —la nación mestiza o las naciones originarias en la fórmula plurinacional— se trata de buscar la identidad en lo nacional y de interpretar que esa identidad es el origen de la legitimidad del poder y el origen de lo soberano: una legitimidad donde manda el colectivo que goza de la identidad y donde el enemigo es el colectivo que carece de ella.

La cultura política del estatismo

¿Qué es la cultura política del estatismo? Es la tradición basada en la creencia de que la convivencia, a fin de resultar material y moralmente beneficiosa para todos, debe desarrollarse —necesariamente— en el escenario del orden estatal.

Así, para esta creencia, a más Estado más bien común. Como es obvio, en la cultura política del estatismo, se concentra todo el mito

5 Esta es una importante precisión del autor, reconociendo el mestizaje —*lo mestizo*— como la base de la bolivianidad (muy en consonancia con lo postulado para la formación de *o brasileiro* por Gilberto Freyre y Darcy Ribeiro), en contraposición con *lo indígena* del indianismo camuflado del MAS, precisión ésta a la cual me adscribo irremediamente. [Nota del Editor].

6 Entendida en el sentido de *naciones indígenas anteriores a la colonización española* y desde donde arranca una pretendida “historia mágica”. [Nota del Editor]

moderno que concibe lo político como camino al paraíso terrenal en cuanto obra humana.

En ese escenario, la cultura política del estatismo impulsa la típica tendencia estatal hacia el monopolio de las fuerzas. Y esa es una cultura familiarizada con proyectos políticos autoritarios.

A la vez, la cultura política del estatismo impulsa la tendencia a normar con leyes estatales la convivencia. Así mismo, en ese marco, tiende a legislar toda la diversidad de las relaciones y de la vida humana.

De hecho, la cultura política del estatismo entiende que no hay desarrollo completo de lo humano en ningún plano —ni en el material, ni en el espiritual, ni en el filosófico—, si ese proceso no se produce dentro de las normas estatales. De ahí que esta cultura concibe el Estado y sus leyes como un elemento esencial de la realización de la especie.

Ahora bien, la cultura política del estatismo no siempre es resultado de la acción estatal. Es decir, no siempre es obra de la propaganda y del poder del Estado. Muchas veces la cultura política del estatismo es previa al orden estatal. Por ejemplo, puede ser el resultado de ideologías estatistas, como el nacionalismo y el socialismo.

En Bolivia no existe Estado, pero existe estatismo; un estatismo que —precisamente— viene de la cultura estatista y de sus ideologías: el nacionalismo o el socialismo.

En efecto, el caudillo del MAS, en su estrategia de imitar al Estado ausente, adopta la narrativa estatista propia de la cultura política del estatismo boliviano. Y la adopta desde las ideologías del nacionalismo y del socialismo.

En ese escenario, se genera la siguiente paradoja: a más caudillo, menos Estado, y a menos Estado, más estatismo cultural. También puede expresarse así: a más caudillo más nacionalismo y más socialismo, y a más nacionalismo y socialismo, menos Estado.

Tres creencias caracterizan a la cultura política del estatismo en los gobiernos del caudillo masista:

1. **La creencia de que la lucha política se debe definir, necesariamente, en la lógica antagónica *amigo/enemigo*.** Ello significa que el requisito indispensable para la existencia de la comunidad

soberana, es la aniquilación política de lo que se considera como *la comunidad enemiga*. En la historia, es la lucha de aniquilación, o de guerra total entre naciones. Por ejemplo, las dos guerras mundiales.

A esta lógica *amigo/enemigo* se ligan las dos grandes ideologías del siglo XIX que mencionamos: el nacionalismo y el socialismo. Vemos, en efecto, el nacionalismo y el socialismo como las ideologías estatistas que justifican la lógica *amigo/enemigo*.

En este punto, recordemos algo: el nacionalismo parte de la necesidad de aniquilar a la “anti/nación” que es el imperio o la nación enemiga. A continuación de tal afirmación, hagámonos esta pregunta: ¿quién es la nación enemiga? O sea, ¿a quién hay que aniquilar para sobrevivir? La nación enemiga es la “otra” nación. Es la nación extranjera. La nación enemiga es el pueblo soberano que, se supone, está al otro lado de la frontera con sus banderas y sus cañones.

Por eso el nacionalismo no exige la derrota del ejército enemigo. Eso es premoderno. El nacionalismo exige la aniquilación del pueblo o de la nación vecina en su totalidad. Eso es lo moderno. De hecho, como se sabe, la milicia enemiga moderna está compuesta por “los hijos de la nación vecina”. Y así, la guerra exterior es, nada más y nada menos, que una guerra de aniquilación entre los miembros —o ciudadanos— de ambas naciones.

Por su lado, el socialismo, igual que el nacionalismo, parte de la necesidad de aniquilar al colectivo antagónico. Donde el colectivo ya no es la nación enemiga, sino la clase social antagónica. En particular, el socialismo propone la necesidad —y el destino histórico del proletariado— de aniquilar a la burguesía explotadora. Esa es la lógica de la revolución socialista. Estamos otra vez ante una visión fundada en la lógica *amigo/enemigo*. Es decir, fundada en la necesidad de aniquilar al otro para lograr la propia pervivencia y realización soberana: una verdadera Batalla cultural.

2. **La creencia de que lo público sólo se convive equilibradamente con lo privado, en el escenario de lo estatal.** Un gran tema antropológico es determinar cuándo, porqué y cómo se produce la

distinción entre la posesión personal y la posesión comunitaria. Es decir, cuándo aparece la definición de lo que pertenece a cada persona y lo que pertenece al grupo. Definir esa relación marca la historia de la especie y marca, de modo profundo, la civilización occidental. A partir del mundo griego antiguo, esa relación implica la idea de propiedad privada y en el mundo romano esa relación queda desarrollada y explicada en el derecho romano.

Pues bien, la cultura política del estatismo, visualiza el equilibrio de ambos ámbitos —el de lo público y el de lo privado— en el universo de lo estatal. Así, el Estado es una especie de síntesis hegeliana, donde lo público/privado —los dos opuestos de esta dialéctica— vienen a convivir en la síntesis perfecta del orden estatal.

El Estado aparece, en esta perspectiva cultural, como el escenario único donde ambos mundos —el público y el privado— encuentran su sentido y, en consecuencia, su relación de armonía. En otras palabras, para la cultura política del estatismo *no hay vida privada ni hay vida pública si el Estado no las consagra*.

3. **La creencia de que el mando en la comunidad debe ser, necesariamente, monopólico y estatal.** En consecuencia: la creencia de que la construcción de una hegemonía es la prioridad de la política. La búsqueda de “la hegemonía” del poder se convirtió en la búsqueda de la virtud para los gobiernos y para el caudillo del MAS. Y el camino del acuerdo o del pacto político, de hecho, se convirtió en el camino del vicio.

Bien; hemos hecho esta teorización en torno a la cultura política del estatismo para explicar que el gobierno y el caudillo del MAS, adoptan con facilidad y comodidad esa cultura política. Por tanto, adopta las tres creencias básicas de esa cultura. A saber: la creencia de que la lucha política necesariamente se plantea en la lógica *amigo/enemigo* y así en la lógica de aniquilación del antagónico; la creencia de que lo público y lo privado se equilibran únicamente en el escenario de lo estatal y, finalmente, la creencia de que el mando se debe ostentar en régimen monopólico y desde una hegemonía clara.

¿Por qué adopta el gobierno del MAS la cultura política del estatismo?

Lo hace por cuatro razones:

1. **La primera, por tradición.** El MAS viene de la tradición nacional popular boliviana, la tradición estatista que impulsa la Revolución del 52 y que, a su vez, nace en la guerra del Chaco.
2. **La segunda, por influencia ideológica.** El MAS viene ligado a ideologías y valores socialistas y nacionalistas.
3. **La tercera, por la racionalidad caudillista.** La racionalidad caudillista genera el interés estratégico del caudillo que estamos desarrollando en esta reflexión en general: *el interés de concentrar o monopolizar todo el poder en sus manos.*
4. **La cuarta, por los intereses externos.** Intereses ligados a los intereses de potencias extranjeras como Venezuela o Cuba, que habían tejido un poderoso sistema de alianzas internacionales con el esquema del MAS.

El caudillo del MAS frente a Santa Cruz

Tenemos un caudillo que ha sustituido la estatalidad con su poder personal. Uno que, imitando la fuerza del Estado ausente, actúa dotado de un poder ilimitado.

Pero a la vez, ese caudillo —con capacidad de imitar el poder estatal y su tendencia monopólica— no reproduce, sino que sabotea, la otra gran característica de lo estatal: el mando de la ley.

Tenemos así, un escenario de enorme poder personal y de escaso límite legal. Es el escenario del autoritarismo.

Desde ese poder personal, el caudillo del MAS impulsa la lógica *amigo/enemigo*. Esa lógica que, recordemos, abre el paso hacia el monopolio del poder. Lo abre, pues impone la necesidad de aniquilar al enemigo como condición necesaria para sobrevivir. En ello, lo peculiar es lo siguiente: el enemigo que elige el caudillo del MAS es Santa Cruz; la Santa Cruz de las clases medias. Ese es, en efecto, el colectivo a aniquilar en la visión estratégica del caudillo del MAS.

Es decir, para entender la lógica de poder del caudillo del MAS, hay que estudiar la lucha que los gobiernos del MAS han desplegado contra Santa Cruz.

Ése es el contexto en el cual los gobiernos del MAS han decidido polarizar contra la cultura aburguesada que han desarrollado las clases medias en Santa Cruz.

Esta cultura, por otro lado, durante las últimas décadas —y a través de su larga confrontación con el caudillo del MAS— fue desarrollando una identidad y una hegemonía política en torno a lo que llamo el *cruceñismo político*.

El cruceñismo en general —y antes de ser cruceñismo político— es el modo de acción política desarrollado por la clase media que comenzó a formarse en Santa Cruz a partir de los años 50.

Esa clase media surgió, en gran parte, a raíz de las políticas modernizadoras de la Revolución del 52 y su iniciativa llamada “La marcha hacia el Oriente”.⁷

El cruceñismo surge con dos ideas claves: una, defender los “intereses de Santa Cruz” en el marco de políticas modernizadoras; y dos, impulsar la identidad cultural cruceña.

7 De acuerdo —y en consonancia— con el autor, me es interesante cómo entre la población de Santa Cruz —principalmente la del percentil más joven pero no exclusivamente— crece el desecho —claro descarte— de las ideologías vigentes desde el siglo pasado y que hasta hace una década pudieron ser mayoritarias y, frente a esto, van ganando adhesiones otras entendidas como “nuevas”, como el liberalismo en su sentido más amplio: social, económico, político y personal —que vale decir: individual—, lo que, en realidad, es una antinomia con el pensamiento que han sostenido las clases acomodadas —mestizas o blancoides— e intelectuales de los últimos 50 años, sobre todo en el Occidente; más paradójico aun es que el grupo social posiblemente más afín sea la burguesía chola alteña —orgullosa de serlo— y su juventud migrante, ambos urbanos y autosuficientes como las cruceñas (no olvidemos que el migrante campesino indígena que llega a la ciudad, sea El Alto o Santa Cruz como focos de esa migración, cuando empieza su proceso de integración a la cultura urbana —*inculturación*—, se convierte en un *mestizo cultural*). Concluyendo esta idea y continuando con lo que el autor menciona a continuación como el cruceñismo político, esta similitud de concebirse hoy del cruceño (no importa de cuántas generaciones o la primera) y el alteño (mestizado ya) —ambos basados en economías abiertas y de emprendimiento privado— será la que dará, a mi entender, sentido a *Lo político* boliviano de las próximas décadas. En conclusión a **Lo político de Las Bolivias**: al Estado no-construido hoy. [Nota del Editor]

El cruceñismo tiene cuatro etapas, la última de esas etapas es la del cruceñismo político. Veámoslas:

La primera es la etapa cívica. Se trata del cruceñismo cívico propio de los años 50. El punto épico de este cruceñismo es la llamada **lucha por el 11 %**. En esta etapa, el cruceñismo desarrolla su autoridad moral: el sentimiento y la creencia popular de que la lucha cívica —y, por ende, la lucha cruceñista— es siempre una lucha por el bien común y, a la vez, una lucha contra el centralismo “*que no comprende a Santa Cruz*”.

La segunda es la etapa del cruceñismo empresarial. Una etapa que va desde los años 60 en adelante. Los años 70 son los años de gloria del cruceñismo empresarial. Es una etapa del cruceñismo en la cual se desarrollan las grandes fortunas familiares de la burguesía cruceña ligadas al éxito de la modernización de la economía cruceña y boliviana. Estas familias de nuevas y grandes fortunas, desembarcan en la motivación y en las luchas cívicas y cruceñistas.

La tercera es la etapa culturalista. Una etapa que toma cuerpo a partir de los 80. Es la etapa de reivindicación de la tradición, de la identidad y de la cultura cruceña o “*camba*”. Una etapa, en gran parte, ligada a la reacción cruceña ante la migración andina y su impacto cultural.

La cuarta es la etapa del cruceñismo político. Las tres anteriores etapas del cruceñismo que ya mencioné —la cívica, la empresarial y la culturalista—, tienen dos cosas en común. Primero, se refieren a la región. Son regionales o regionalistas. Y segundo, guardan distancia y prudencia frente a la gran política. Llamo la gran política a la que define el destino de los pueblos. En este caso, el destino de Bolivia.

Así, desde el punto de vista de la lucha por el poder, las tres primeras fases del cruceñismo no entran a Lo Político, que es el campo de fuerzas donde se determina la lógica Mando/obediencia, la lógica Amigo/enemigo y la lógica Público/privado. O sea, **donde se funda el Estado**.

Por el contrario, el cruceñismo político entra a la gran política. Y lo hace de frente. Entra a la política boliviana. Deja de exigir demandas regionales y exige “un tipo de país”. De este modo, es un movimiento que nace para jugar en el campo de Lo Político.

Un movimiento que recibe el legado ideológico y moral del cruceñismo cívico, empresarial y culturalista. Pero, a la vez, es un cruceñismo que trasciende las fronteras de Santa Cruz y que, desde la movilización popular y la experiencia, se convierte en la propuesta política y alternativa al modelo estatista, antiliberal y socialista que, en general, ha venido impulsando la tradición nacional popular desde hace casi un siglo en nuestro país y que, en particular, ha venido impulsando el MAS, desde hace un par de décadas.

Es decir, el cruceñismo político se convierte en una propuesta política con dos vocaciones fundamentales en lo político. Por un lado, **la vocación por los valores republicanos**: la libertad política, el voto popular y la ley. Y, por otro, **la vocación por la descentralización del poder en Bolivia**: visión que, en muchas versiones publicadas, alcanza la propuesta federalista.

El cruceñismo político aparece por vez primera con el movimiento autonomista que conduce al referendo por los estatutos autonómicos de Santa Cruz en el año 2008.⁸ Y posteriormente resurge con toda su potencia, en noviembre de 2019, al rechazar mediante la movilización popular el fraude electoral del gobierno del MAS y al impulsar la renuncia del presidente Morales.

En suma, el cruceñismo político es ese movimiento de clases medias y de cultura aburguesada, que se ha atrevido a fijar la agenda política para la Bolivia de las décadas siguientes.

8 A modo de apostilla historiadora, le adiciono tres momentos más que conforman y definen el cruceñismo político (uno previo y dos posteriores), como calentamientos que sirvieron para fijarlo como generatriz de una traslación de la iniciativa política nacional (en el sentido que Suárez Ávila habla para generar Estado y que recuerda la traslación del poder político tras el desplazamiento del poder económico cuando la Guerra Federal de 1898-1899): en 2006, planteando e impulsando el reclamo por oficializar los dos tercios para las decisiones en la Asamblea Constituyente, en 2016 por el 21F —en contra del pretendido prorroguismo de Morales Ayma— y en 2017-2018 contra el denominado Código Morales. Y en los tres, como en 2008 y 2019, las iniciativas estuvieron imbuidas de sumar a todo el país para lograr sus objetivos —¡y vaya si se logró sumar al país y coaligarlo!—, lo que anula cualquier sospecha de un regionalismo excluyente. [Nota del Editor].

La cultura aburguesada de las clases medias cruceñas

Al decir “cultura aburguesada” hablo de una cultura de clases medias que vive y convive desde los valores de la tradición burguesa universal.

Ligado a ello, hay que recordar que Santa Cruz es la primera sociedad —en la historia boliviana— que vive y convive en el código burgués. Pues Santa Cruz es, de hecho, la primera sociedad en Bolivia que, en su conjunto y en su diversidad popular —y no sólo en sus elites—, tiene la economía suficiente y necesaria para desarrollar valores aburguesados.

Ante ese escenario, para muchos observadores estamos ante una sociedad que vive y convive desde las virtudes burguesas y capitalistas. Para otros tantos, estamos ante una sociedad que vive y convive desde la alienación burguesa y capitalista.

Como sea, Santa Cruz es la primera sociedad en Bolivia que desarrolla una economía y una estructura social apta para el surgimiento de una gran clase media; la clase que, históricamente, desarrolla como hábito —y no como simple imitación— los valores y los códigos de la cultura burguesa universal.

Con Santa Cruz estamos, efectivamente, ante una cultura que, en su visión de la convivencia económica, tiende a valorar los principios de la sociedad abierta y de la sociedad comercial, así como la tradición de la propiedad privada y la libre empresa. Estamos, entonces, ante una cultura que, en su visión de la convivencia política, tiende a valorar la tradición republicana y la lógica de la descentralización del poder.

Pues bien, esa clase media cruceña con sus valores aburguesados es el colectivo y la fuerza que los gobiernos del MAS han elegido como el enemigo a derrotar.

Dentro de esa polarización *amigo/enemigo*, los gobiernos del MAS han desplegado los instrumentos típicos que han tenido a su alcance para la coacción gubernamental en Bolivia. Este despliegue se ejecuta, básicamente, contra las fuerzas políticas del cruceñismo. Pero, además de la coacción, los gobiernos del MAS han desplegado lo que llamo **la leyenda negra contra Santa Cruz**: una cuidadosa y sistemática operación de propaganda negativa y desprestigio contra “lo cruceño”.

La leyenda negra en la batalla cultural entre los gobiernos del MAS y las clases medias cruceñas

La leyenda negra contra Santa Cruz y su clase media es una estrategia de dominación puesta en marcha por el gobierno del MAS para instalar un nuevo sistema de legitimidad del orden, basado en dos creencias moralistas. Por un lado, la creencia de que la cultura aburguesada de las clases medias de Santa Cruz —y su expresión de lucha, el cruceñismo político— es lo moralmente incorrecto para el país. Y, por otro lado, la creencia de que el cambio nacionalista, socialista y estatista que propone el caudillo del MAS y sus gobiernos es lo moralmente correcto para el país.

El objetivo cultural de esta estrategia es construir una visión de la política boliviana asentada en la derrota moral de Santa Cruz y en la victoria moral del sistema MAS. Por ende, el objetivo político de esta estrategia es vencer la Santa Cruz de las clases medias e inhabilitarla como freno político al proyecto del MAS.

La estrategia de la leyenda negra plantea una relación dialéctica. Veamos: el camino del MAS aparece en la historia y ante la gente, como lo “moralmente bueno” porque surge frente al camino de lo cruceño, que aparece —a través del constructo de la leyenda negra— ante la historia y ante la gente como lo “moralmente malo”.

No son dos creencias que se plantean como esquemas aislados en sus respectivas particularidades históricas y sociológicas: son dos creencias que la estrategia de los gobiernos del MAS formula como interdependientes.

Bajo este esquema de polarización, la leyenda negra, en gran parte, termina dando rumbo, sentido y épica política a los gobiernos del MAS.

El concepto de la leyenda negra

La leyenda negra es un concepto que utilizó y extendió el español Julián Juderías en un libro que publicó el 1914 y que, precisamente, tituló *La Leyenda Negra de España*.

Un libro referido a la propaganda negativa que diversas potencias europeas impulsaron contra España y su historia imperial.

Con anterioridad al siglo xx se menciona este concepto, pero no es sino a través de la obra de Juderías que se consolida como perspectiva de análisis. Justamente es en ese sentido que ahora utilizo el concepto.

La leyenda negra, de este modo, es el concepto que da cuenta de la propaganda negativa y profunda que instala una fuerza contra un pueblo “enemigo”, en el marco de la lucha por la dominación.

Consecuentemente, la leyenda negra es ese mecanismo estratégico orientado a instalar un nuevo sentido común o, lo que es igual, orientado a construir un nuevo orden y un nuevo esquema de creencias y legitimidad.

Como concepto, la leyenda negra tiene cinco componentes básicos que los gobiernos del MAS han aplicado de modo impecable contra la Santa Cruz de las clases medias:

- **Es siempre parte de una estrategia de poder.** Se produce en el escenario de la lucha por controlar el mando político. En ese escenario es una estrategia de la guerra cultural que busca vencer moramente a un colectivo.
- **Es siempre una estrategia orientada a establecer un nuevo orden social y su respectiva cultura.** O lo que es igual: una estrategia orientada a establecer un nuevo esquema de legitimidad y, en consecuencia, una nueva hegemonía cultural. Así, es una estrategia que aspira a instalarse en el sentido común del propio pueblo vencido.

De hecho —recordando la idea de hegemonía en Gramsci— la prueba de éxito de la estrategia de desprestigio de un pueblo, se produce cuando el propio pueblo vencido y desprestigiado —y, sobre todo, cuando sus élites— asumen y creen en los mitos instalados por la leyenda negra y, de este modo, hacen la vida pública en función a esa leyenda y su narrativa de desprestigio.

- **Es una estrategia que, en la modernidad política, obedece a la lógica amigo/enemigo.** Por eso, obedece a la tradición de la cultura política del estatismo.

Es decir, en su versión moderna, la leyenda negra, normalmente, encaja en aquella tradición de antagonismo político que, con Carl

Schmitt, llamamos la lógica amigo/enemigo. La leyenda negra en la modernidad, de esta manera, es concebida por sus promotores, como parte de una batalla existencial.

- **En la técnica, la leyenda negra es siempre una estrategia de “guerra sucia”.** Es decir, una estrategia orientada a construir y cultivar mitos negativos en torno a la historia y al supuesto modo de ser del pueblo a vencer.
- **También en la técnica, la leyenda negra es siempre una estrategia que se basa en rumores y en información falsa.** Es decir, que se orienta a convertir rumores, información engañosa o información no confirmada, en creencias.

Los tres valores que la leyenda negra le desconoció a Santa Cruz

La leyenda negra que puso en marcha el esquema de poder del MAS contra Santa Cruz —y en especial, contra la Santa Cruz de las clases medias— dibujó en el imaginario de gran parte del país, una Santa Cruz cargada de “males” premodernos: una Santa Cruz feudal, oligárquica, racista, separatista pero, sobre todo, una Santa Cruz incapacitada para impulsar cualquier proceso orientado a construir una Bolivia moderna y digna.

Como todo proceso ligado al mecanismo de la leyenda negra y a la correspondiente imposición de una hegemonía cultural por parte del poder, esa visión negativa sobre Santa Cruz, llegó a convertirse en un sistema de creencias al interior mismo de gran parte de la sociedad cruceña.

En el proceso de dibujar ante la opinión pública —en general— una Santa Cruz premoderna o una Santa Cruz incapacitada para la modernidad, el gobierno del MAS negó y sabotó tres valores morales y políticos de los cruceños y en particular de la Santa Cruz de las clases medias. Tres valores vitales en la imagen y en la conciencia de un pueblo contemporáneo.

En primer lugar, el gobierno del MAS y su leyenda negra negó la importancia del voto cruceño. En segundo lugar, negó la posibilidad de un pasado digno para Santa Cruz. Y, en tercer lugar, negó el derecho de Santa

Cruz para postularse ante Bolivia y ante el mundo como un pueblo progresista que avanza hacia la modernidad y sus valores.⁹ Vamos al detalle.

El sabotaje del voto cruceño

El gobierno del MAS negó la importancia del voto cruceño en tres momentos históricos fundacionales.

En primer lugar, negó la importancia y el valor del voto cruceño cuando Santa Cruz votó por su estatuto autonómico. El 84 % de los electores de Santa Cruz votó para aprobar ese estatuto el año 2008. Pero acto seguido, el gobierno del MAS salió a desconocer el valor y el significado de ese voto y de ese estatuto.

Como es obvio, ese estatuto tenía un enorme valor cultural, emocional e histórico para los cruceños en general. Era la primera vez que el cruceñismo político se expresaba mediante el voto —y desde su propia conciencia e identidad política— sobre el futuro.

La segunda ocasión en que el gobierno del MAS negó valor y sentido al voto cruceño, fue en los años 2016 —saltándose la voluntad popular expresada en el referéndum constitucional de ese año contra su prorroguismo— y en 2019, con el fraude electoral de la elección presidencial.

Obvio, el voto opositor en esa ocasión no era únicamente el voto cruceño. Pero al mismo tiempo, es innegable que Santa Cruz era la región histórica y culturalmente más comprometida con el antimasismo y, en consecuencia, era la región que más votos aportaba al voto opositor nacional. En noviembre de 2019, una vez más, ese voto cruceño fue ignorado por la operación de fraude llevada a cabo por el gobierno del MAS.

Y, finalmente, la tercera ocasión en la que el esquema del MAS desconoce el valor del voto cruceño, se produce en diciembre de 2022, cuando

9 El Masismo, aunque no le pudo escamotear el valor de ser el motor económico del país que Santa Cruz tiene ante su comunidad boliviana, sí se lo menospreció —*ninguneó* en habla popular— con lo que ello implica, incluso desconociendo la migración voluntaria de muchos hacia Santa Cruz y, a la vez, promoviendo la migración de sus afines con los objetivos de “pagarles promesas” y de utilizarlos para socavar —destruir en lo posible— el desarrollo de la Región (que es la manifestación del propio fracaso del MAS). [Nota del Editor]

el gobierno masista impulsa la detención por razones políticas de Luis Fernando Camacho, el gobernador elegido por el voto de los cruceños.

El gobernador Camacho había resultado electo por una clara mayoría de los votos. Había ganado la elección al candidato del MAS. Una elección especial por muchas razones. Entre otras, porque el cruceñismo político hacía, en este proceso electoral, un cambio generacional al elegir al gobernador Camacho, pero a la vez, porque el electorado, con ese voto, respaldaba el liderazgo de Camacho en las movilizaciones cruceñas y nacionales contra el fraude de 2019.

El sabotaje a la posibilidad de un pasado moralmente digno

La leyenda negra que impulsó el gobierno del MAS contra Santa Cruz puso especial énfasis en ridiculizar y en menospreciar el pasado cultural y étnico de los cruceños.

Pero no sólo eso, sino que puso énfasis en menospreciar los elementos de la tradición cultural y simbólica de la convivencia cruceña. Por ejemplo, énfasis en menospreciar el carnaval cruceño, en menospreciar la bandera cruceña o en menospreciar el himno cruceño. Recordemos entre muchos ejemplos, el incidente del presidente de Bolivia y líder del MAS, criticando el himno cruceño por la mención que hace este himno al pasado y a la tradición española de Santa Cruz. O recordemos la intención del vicepresidente de Bolivia intentando relativizar el valor de la bandera cruceña en un acto público frente a las autoridades electas de Santa Cruz.

El sabotaje a Santa Cruz como un pueblo que puede impulsar los valores de la modernidad

La lista de descalificaciones de la leyenda negra contra la dirigencia cívica, política y empresarial cruceña es larga. El gobierno y el caudillo del MAS habitualmente adjetivan a los actores del cruceñismo con insultos tales como racistas, nazis, fascistas, oligarcas, separatistas, antipatrias, esclavistas, etc. Insultos que apuntan a mostrar a Santa Cruz como una tierra de gente retrógrada e incapacitada para la modernidad. Incapacitada para aspirar a valores como la igualdad, la solidaridad, la libertad o a valores ligados a la idea de la nación o de lo republicano.

Son calificativos que sólo se comprenden en la mencionada lógica amigo/enemigo.

Como es habitual en la racionalidad de la leyenda negra, todos estos insultos tenían y tienen su opuesto que era el adjetivo calificativo positivo que describía al MAS y a los miembros del MAS. Frente al antipatria que era el sujeto cruceño, estaba el patriota que era el sujeto masista. Frente al oligarca que era el sujeto cruceño, estaba el pueblo que era el sujeto masista. Frente al capitalista explotador que era el sujeto cruceño, estaba el buen comunitario que era el sujeto masista. Frente al extranjero sospechoso que era el sujeto cruceño, estaba el boliviano originario que era el sujeto masista. Frente al blanco racista que era el sujeto cruceño, estaba el indígena —o por lo menos el indigenista—¹⁰ que era el sujeto masista. Y frente al conservador retrógrado, frívolo e inculto que era el sujeto cruceño, estaba el progresista consciente y sabio o culto, que era el sujeto masista.

Llegó un momento —en la espiral de la leyenda negra— en el cual, el simple hecho de ser cruceño terminaba por significar la encarnación del mal moral en gran parte del país.

Probablemente, la leyenda negra contra Santa Cruz será recordada como uno de más graves daños que un gobierno boliviano haya generado en décadas a un colectivo. Porque es un daño que ha sembrado distancia y polarización profunda y emocional entre los propios bolivianos. Pero, además, porque al haber construido una visión cultural enemistada a la libertad política y económica, probablemente, ha estigmatizando todo un camino de futuro para el país entero.

El daño que le ha hecho la leyenda negra a Santa Cruz y en especial a la Santa Cruz de las clases medias,¹¹ es ese tipo de heridas que sólo se sanan en generaciones. Generaciones de nuevas pedagogías, generaciones de reconciliación y generaciones de trabajo sobre las emociones de los individuos y de los colectivos.

10 En verdad: el indianista. [Nota del Editor]

11 Sobre todo en su impacto negativo para la convivencia del resto del país con Santa Cruz. Por ello, coincido plenamente con la conclusión que da el autor sobre la necesidad de una labor pedagógica integradora y sanificadora, algo alejado del intento ideologizante de la educación "oficial" masista de las dos últimas décadas. [Nota del Editor]

De hecho, la estrategia y la técnica de la leyenda negra, como el impulso propagandístico del poder contra pueblos enteros, es un procedimiento que el derecho y el consenso internacional vigente, tiende a rechazar e incluso a condenar. Es decir, a esta altura de la historia resulta inaceptable en los códigos vigentes de la política internacional, que un gobierno adopte la estrategia de desplegar una leyenda negra contra colectivos enteros de su propia población por considerarlos colectivos rivales u opositores.

La tendencia a condenar la estrategia de la leyenda negra es propia de la cultura política de Naciones Unidas y nace tras la Segunda Guerra Mundial. Una estrategia de poder que, en efecto, hoy en día se considera un atentado contra los derechos de los pueblos y desde luego, contra la condición humana.

Conclusiones

- Con Bolivia, estamos ante una sociedad que no ha logrado articularse como Estado. Estamos ante una circunstancia de Estado ausente.
- Los gobiernos del MAS, no lograron constituir el Estado pero, además, trabajaron de forma sistemática para impedirlo.
- La forma mediante la cual el MAS impidió el Estado fue la operación de sustituir la posibilidad del poder estatal por el poder del caudillo. Un poder carismático, fundado en el nacionalismo y en la cultura política del estatismo.
- Esa operación de colocar al caudillo en el posible sitio del Estado, dotó al caudillo de un poder extraordinario. Un poder concentrado en el líder, un poder monopolizador y un poder de tendencia autoritaria.
- Ese tipo de poder generó un sistema de dominación donde, en efecto, se verifica la tendencia al monopolio de la fuerza. En ese sentido el caudillo desarrolla la tendencia de imitar al Estado. Le imita en la tendencia hacia el monopolio que, recordemos, es un rasgo típico de la estatalidad. Pero a la vez, ese sistema de domi-

nación impidió el imperio de la ley o la dominación legal, que es el otro rasgo típico de la estatalidad. El resultado es un esquema de tendencia autoritaria: poder concentrado en una persona sin límite legal. Esa fórmula es la negación estructural del Estado. Es la imposición del poder subjetivo del caudillo por sobre la posibilidad del poder objetivo del Estado.

- En la dinámica de imitar al Estado ausente el caudillo masista puso en marcha una racionalidad de lucha política similar a la que puede desplegar el Estado. Una racionalidad que consiste en tratar al opuesto como al enemigo. Aplicando de esta manera, contra la oposición política interna, un trato basado en la lógica amigo/enemigo.
- En ese proceso, los gobiernos del MAS desplegaron una estrategia orientada a aniquilar a un enemigo que visualizaron en Santa Cruz; la Santa Cruz de las clases medias y su cultura aburguesada.
- La Santa Cruz de las clases medias es esa sociedad que surge a partir de los años 50, gracias al éxito modernizador cruceño. Proceso ligado, a su vez, a las políticas modernizadoras de la revolución del 52. En efecto, esa clase media genera, con el tiempo, unos valores aburguesados que son los valores ligados a la libertad política y a la libertad económica. El modo de actuar de esa clase media aburguesada en el plano político se llama cruceñismo. Ese cruceñismo, en los últimos 20 años, pasó de ser un movimiento estrictamente cívico a ser uno político. Esta transformación del cruceñismo comienza en las llamadas luchas autonomistas de 2007/2008, se cruza frente al prorroguismo en 2016 y el intento de reforma legal de 2018 y madura hasta generar la insurrección popular de noviembre de 2019.
- En ese contexto, la estrategia de lucha y de sostenimiento del poder que aplicaron los gobiernos del MAS se orientaba hacia la aniquilación política y moral de la Santa Cruz de las clases medias.
- Pues bien, esa estrategia de aniquilación que impulsó el MAS, desarrolló lo que llamo la leyenda negra contra Santa Cruz.

- La leyenda negra fue un sistema de propaganda que han impulsado los gobiernos del MAS para aniquilar y descalificar moralmente a Santa Cruz —y en especial a la Santa Cruz de las clases medias— con el fin de sacarla definitivamente de la política boliviana. De este modo, el objetivo de poder de los gobiernos del MAS, al final de su estrategia, se orientaba a eliminar a Santa Cruz como posible límite al poder del caudillo.
- Esa agresión de un gobierno hacia un colectivo y su cultura ha generado un daño severo a la convivencia democrática en Bolivia. Un daño que, en el futuro, debe ser tratado en un proceso paciente y prolongado de reconciliación.

Posibles aprendizajes de cara al futuro

Probablemente el mejor camino para superar los daños que ha causado la polarización de tipo amigo/enemigo que impulsó el MAS contra otros bolivianos, es la democracia.

Por eso lo recomendable para una sociedad como la boliviana, que además en este momento está gravemente debilitada, es dejar la búsqueda política y cultural del Estado, dejar la glorificación del caudillo que suplanta e imita al Estado y orientarse —de una vez por todas— hacia la búsqueda de la democracia como un sistema que establece de modo creíble, las normas de juego.

En el marco de esas normas de juego, la política boliviana tiene el reto de generar la convivencia de dos tradiciones: la nacionalista y la republicana.

En efecto, es necesaria la cohabitación inteligente y equilibrada de la tradición nacionalista boliviana —que trae en su registro avances sociales y políticos muy importantes como el voto universal, la inclusión indígena o la lucha contra el racismo— con la tradición republicana, que trae en su registro, ideales tan importantes como la libertad política, el respeto al Estado de derecho y la seguridad jurídica para la propiedad privada. Esta convivencia pone en la misma mesa a los sentimientos e intereses de la Bolivia de cultura estatista con la Bolivia cruceña y cruceñista, ligada a la cultura y valores fundados en la libertad y en la sociedad abierta.

Se trata de dos tradiciones que representan importantes sentimientos e intereses en la política boliviana.

Dos tradiciones que el mayor aprendizaje que pueden tomar de la era del MAS, es que no funciona la convivencia como resultado de la hegemonía de la una sobre la otra. Y, aun menos, si esa hegemonía pretende alcanzarse mediante la puesta en marcha de mecanismos autoritarios y de aniquilación política y moral como la leyenda negra.

Se trata de dos tradiciones, en suma, que están condenadas a coexistir. Se trata, finalmente, de una coexistencia que puede resultar virtuosa y desde luego, beneficiosa para todos.

Santa Cruz, 2024

Bibliografía

- GRAMSCI, Antonio: *Cuadernos de la cárcel*. Editorial Akal (obras completas), Madrid, 2023.
- JOUVENEL, Bertrand de: *Sobre el poder*. Unión Editorial, Madrid, 1998.
- JUDERÍAS, Julián: *La leyenda negra de España*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2014.
- MONTENEGRO, Walter: *Nacionalismo y Coloniaje*. Editorial Los Amigos del Libro, La Paz, 1982.
- NEGRO PAVÓN, Dalmacio: *La tradición liberal y el Estado*. Unión Editorial, Madrid, 2011.
- ORTEGA Y GASSET, José: *El Hombre y la gente*. Alianza Editorial (obras completas), Madrid, 1987.
- RUSELL, Bertrand: *El poder. Un nuevo análisis social*. RBA Libros, Barcelona, 2024.
- SCHMITT, Carl: *El Concepto de lo Político (texto 1932)*. Alianza Editorial, Madrid, 2014.
- WEBER, Max: *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1985.
- ZABALETA, René: *Lo nacional popular en Bolivia*. Editorial Siglo XXI, México, 1995.